

L A muerte de Aldo Moro y de su escolta como consecuencia de un atentado terrorista realizado por las Brigadas Rojas es uno de esos hechos que nunca termina; cuando todo parece que está ya apagado y que no cabe más que enterrarlo, el rescoldo se aviva con alguna revelación sensacional que compromete en el caso a un personaje. Ahora el turno les ha tocado a algunos intelectuales "comprometidos" que se han visto acusados, encarcelados, perseguidos por la justicia italiana, que no ha dudado en recurrir a expedientes procesales no demasiado claros para conseguir la extradición pese a la inicial resistencia de los Tribunales franceses.

Lo que me llama la atención en este asunto es el "silencio", la falta de reacción de cuantos teóricamente al menos tendríamos que reaccionar y decir "algo". Lo que me preocupa es que todo parece indicar —y no solamente en el "caso Moro"— que en los últimos tiempos se ha bajado la guardia, se empieza a aceptar sin más lo que antes se ponía en duda. El orden y el poder están ganando la partida en los niveles más profundos donde todavía se mantenían posiciones firmes de compromiso con la revolución.

El compromiso "intelectual" de la izquierda con la revolución se asentaba en la seguridad aportada por la reflexión crítica sobre el poder en las sociedades capitalistas, poder que aun cuando adoptase la forma de democracia formal, era considerado como "dictadura de clase", lo que inevitablemente suponía que las prácticas de este poder resultasen al menos sospechosas y que sus "víctimas" merecieran al menos el beneficio de la duda, cuando no el apoyo incondicionado. Desde las posiciones comprometidas de izquierdas existía una actitud de vigilancia sobre las posibles y aun probables prácticas abusivas del poder, vigilancia que se convertía en denuncia, denuncia que se manifestaba en solidaridad con los atropellados por el poder; solidaridad, denuncia y vigilancia que no necesariamente exigían una identificación con la ideología y la militancia de la víctima, ni una aprobación de los actos cometidos por el perseguido o condenado.

El mínimo "gesto" de la firma de una carta de protesta ante una detención, una paliza, un proceso o una con-



Tony Negri.

Intelectuales comprometidos

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

dena, que ha caracterizado la práctica de compromiso de muchos intelectuales, se apoyaba o descansaba en el compromiso más profundo de quienes promovían estas acciones y campañas porque sabían a qué atenerse respecto a la esencia del poder y no se dejaban engañar por su legitimación pregonada. Hoy, lo que parece que falla en toda la línea es precisamente el compromiso de los promotores, ya que el intelectual "de firma" sigue estando ahí, esperando como siempre a firmar debajo de los jefes de fila, y aun éstos no creo que hayan renunciado a su papel de "primeros firmantes". Lo que ha cambiado es que ya no hay cartas ni escritos de protesta donde estampar las firmas, porque nadie las redacta, nadie parece interesado en la vigilancia, en la denuncia, en la promoción de la solidaridad con las víctimas actuales de un poder que sigue siendo "dictadura de clase" y capaz, por lo tanto, de todo abuso y de toda arbitrariedad.

Ni las víctimas ni el poder han cambiado, ni tampoco los actos o las prácticas de aquéllas y de éste; el cambio profundo se observa en los promotores de la protesta, es ahí donde antes se iniciaba la vigilancia y la denuncia y donde hoy se inicia el silencio, ese tremendo silencio en el que se ahogan los gritos de las celdas, las confesiones arrancadas, la violencia sacralizada por las leyes de excepción normalizadas. Pri-

mero es el silencio, después empieza a aparecer el aplauso, la promoción de la condena, no del poder, sino de sus víctimas. A la falta de compromiso sucede el compromiso con el poder; el cambio empieza a ser de 180 grados.

Inmersos en nuestro cambio desde la dictadura personal de Franco a la democracia formal, preocupados por el peligro de una regresión a formas dictatoriales, condicionados por la necesidad de asentar la democracia y fortalecer el ejercicio de libertades elementales que antes estaban prohibidas y perseguidas, creo que nos cuesta comprender y calibrar el cambio de actitud respecto al poder capitalista, el poder de clase, que se viene produciendo en los sectores más críticos y más "comprometidos" de nuestra "inteligencia", aquellos que no hace mucho no perdían la ocasión de promover la denuncia contra el menor desmán del poder, pidiendo la firma testimonial de protesta ante prácticas de poder que hoy se silencian, cuando no se alaban como necesarias para el mantenimiento del orden democrático.

Por eso, el cambio de actitud, y aun de compromiso, se percibe mejor en los países donde no media ninguna razón coyuntural, donde no se pueden alegar razones de oportunidad, donde la democracia fue hace tiempo asentada y consolidada, en esos países también se observa y

se constata que los promotores de ayer de la protesta contra los abusos del poder, hoy promueven la denuncia y la condena de cuantos lo ponen en peligro, o lo combaten sin contemplaciones con los medios a su alcance, y no levantan ni un dedo, ni una voz de protesta, cuando sobre ellos cae todo "el peso del poder", y el poder —no pueden ignorarlo— tiene la mano pesada y la ira en el "alma" de sus pistolas y metralletas, y, en muchas ocasiones, una "filosofía" de la eficacia basada en el viejo lugar común de que el fin justifica los medios.

Yo comprendo que se pueda no estar de acuerdo con el terrorismo como práctica política, comprendo también que desde la izquierda se esté en contra de la utilización de la lucha armada para combatir el poder capitalista, se trata de una cuestión de opinión en la que los factores coyunturales pueden llegar a ser decisivos, pero comprendo mal un cambio que en su esencia consiste en abandonar la guardia frente al poder, la vigilancia para que no se desborde en el abuso, la denuncia cuando éste se produce, y comprendo peor todavía el pasarse a "su bando", alentar sus prácticas represivas y solicitar una mayor dureza en las acciones de castigo y aun mostrarse favorable a que aumente sus fuerzas y éstas gocen de mayor libertad de movimiento, de mayor impunidad en el uso de su criterio discrecional de utilización de la violencia, normalizándose y haciéndose cotidianos los privilegios y el descontrol que antes sólo gozaban en momento de excepción y de emergencia. Hoy, sin rubor y sin que nadie alce su voz de protesta, se piensa, se dice en voz alta y aun se proyecta, el privar permanentemente a ciertas personas de los derechos de protección que les concede la Constitución, para que las Fuerzas de Orden Público puedan ejercer su labor con mayor libertad y eficacia.

Como hoy los promotores de la protesta permanecen en silencio y no nos piden nuestra solidaridad con las víctimas del abuso del poder cuando este abuso no lo sufren sus propios militantes, sirva este breve y personal testimonio de protesta que me sugiere la sospechosa actuación del poder en Italia en el caso Moro para afirmar que para mí el poder, aunque democrático formal, no está precisamente "libre de toda sospecha". ■